

El lugar de la mujer

El pasado mes de diciembre, la revista *The Economist* lanzó el siguiente tema para el último debate del año: “Esta casa cree que el lugar de la mujer es el puesto de trabajo” (“December Economist’s Debate”¹) y, aunque parezca imposible de creer, ganó el NO con un 53% de los votos.

Uno de los argumentos más representativos del “NO” fue el expresado por Christina Hoff Sommers, Profesora titular del *American Enterprise Institute*: “Las mujeres no tienen un lugar asignado. En las sociedades libres, eligen dónde prefieren estar. Al menos 5 millones de mujeres en América se dedican a ser madres el 100% de su tiempo. ¿Qué hay de malo en ello?”

Parece, no obstante, difícil de admitir que en una sociedad que aspira a la igualdad de posibilidades en la vida de hombres y de mujeres una diferencia meramente biológica –son las mujeres quienes gestan a los niños- constituya una razón de peso para justificar una trayectoria laboral mermada. Dado que el tiempo medio que una persona dedica a trabajar para financiar su subsistencia es de unos 40 años, y dado que un embarazo y parto pueden causar a la madre una baja médica de entre 3 y 6 meses, parece difícil levantar la diatriba hogar-trabajo sobre argumentos fácticos.

Definitivamente, el hecho biológico diferencial entre hombres y mujeres no resulta convincente a la hora de explicar la distancia que aún media entre las oportunidades laborales de unos y de otras. Es más: medido de manera estricta, el impacto temporal de la maternidad es nimio comparado con el impacto que, por ejemplo, el servicio militar causa sobre la vida laboral de los varones en aquellos países en los que es obligatorio. Por algún motivo, los deberes de los varones hacia la patria parecen mucho más trascendentes que los de las mujeres que aportan nuevos miembros a la sociedad.

¿Por qué, entonces, las estadísticas de países ricos y pobres siguen mostrando tanta discriminación en el mercado laboral hacia las mujeres, que son menos, desempeñan cargos de menor responsabilidad y obtienen peores salarios?

Es indiscutible que la explicación más obvia debe estar relacionada con el hecho de que son las mujeres, y no los hombres, quienes cargan con la mayor parte de la responsabilidad de los niños. Si

¹ <http://www.economist.com/debate/overview/219>

se tiene en cuenta que en el mundo ya son más las mujeres que poseen una educación universitaria que los hombres, y que tanto en la infancia como en la adolescencia niños y niñas muestran el mismo grado de ambición para la edad adulta (véase el estudio de Anna Fels, *Necessary Dreams*), la clave de la discriminación laboral sufrida por las mujeres tiene que hallarse en el modo tradicional en que las mujeres viven su maternidad.

Paradójicamente, los avances sociales y legislativos de los años ochenta y noventa se están encontrando con un freno de naturaleza invisible en los países desarrollados. Se han apuntado algunos factores que explican este fenómeno: si bien cada vez son más las mujeres que acceden a los puestos de responsabilidad intermedia, aún no son suficientes como para ser elegidas en proporciones suficientes como altas ejecutivas; se ha comprobado que hace falta una “masa crítica” mínima de tres mujeres entre los altos cargos de una compañía para que la mujer sea considerada un individuo más, en vez de ser vista de manera excluyente como “la mujer”, o “el par de mujeres”. Sin embargo, el factor que parece más determinante es el drástico recorte en la ambición profesional que se auto-infligen las mujeres una vez llegan a la edad fértil.

Sheryl Sandberg, la directora ejecutiva de Facebook subraya que en la mayoría de las mujeres “falta la ambición: las mujeres no solo son menos ambiciosas que los hombres, sino también menos ambiciosas que hace 20 años”², y el motivo es que aunque van a la universidad y luchan por ser las mejores, de pronto rebajan sus perspectivas en previsión del momento en que decidirán ser madres. Con un mundo laboral en el que los trabajos de mayor responsabilidad requieren una dedicación por encima de las 70 horas semanales y viajes frecuentes, la idea de hacer realidad los sueños profesionales largamente acunados desde la niñez parece incompatible con el proyecto de maternidad.

La psicóloga Anna Fels señala un elemento muy importante relacionado con el anterior: la sociedad, a través de sus numerosos agentes indirectos y directos –madre, amigas, esposo, padre, otros familiares, compañeros de trabajo- modifica radicalmente las expectativas generadas alrededor de la mujer una vez ésta completa su formación, accede al mercado laboral y comienza a vivir en pareja. Allá donde en la infancia, adolescencia y años universitarios hubo una actitud de apoyo y aplauso a los logros y excelencia de la chica, a partir de su posible maternidad pasa a haber una nueva valoración en la que se examina su desempeño y disposición de entrega hacia el cuidado del hogar y de la prole. Allá donde se instaba a la joven a ser “la mejor”, una vez aparecen los hijos

² <http://www.economist.com/node/21539924/print>

se la insta a entender que madurar es dejar de lado las quimeras -aunque las quimeras sean el primer esbozo de los planes-.

Tal es el peso de la expectativa hacia la maternidad y la involucración en la misma que muchas mujeres acaban reescalando su ambición hasta el punto de abandonar durante años, si no definitivamente, su carrera. (Ni que decir tiene que existe una alta correlación entre tiempo de retiro y disminución en la empleabilidad.) Las personas necesitamos el reconocimiento a nuestro esfuerzo, y por otra parte a nadie le gusta vivir marginada fuera de los patrones socialmente aceptados, y es en esa circunstancia de soledad crítica –sin roles vigentes aún disponibles para las mujeres, sin comprensión por parte del entorno afectivo- donde el sacrificio que supone perseverar en la ambición puede dejar de merecer la pena.

Madeleine Albright cuenta que, cuando contrajo matrimonio, el director del periódico para el que escribía la despidió porque estaba muy mal visto que una mujer casada trabajase para un diario rival del de su esposo, también periodista. Desempleada pero con alta cualificación y experiencia, pasar a ser compañera en el periódico de su esposo tampoco era una opción porque una ley lo prohibía, por lo que no tuvo más salida que convertirse en ama de casa y tener hijos. Quien varias décadas más tarde fue Secretaria de Estado en la era Clinton se vio forzada en su juventud a conformarse con ser ama de casa en unos años decisivos para cualquier persona. Más de una década después, sin opciones de regreso al ámbito periodístico vocacional, optó por rematricularse en la universidad y estudiar relaciones internacionales. Por suerte, hizo una exitosa carrera (tardía) en la política.

El ejemplo de Albright puede parecer antiguo, pero en la actualidad los velos que ciegan a la sociedad permanecen en todos los países. En España, por ejemplo, con una legislación muy proactiva hacia la igualdad, el peso de la tradición es en ocasiones insoportable, y consiguientemente los medios de comunicación encumbran a hombres de la cultura, al tiempo que segregan a las mujeres al espacio de lo especial y anecdótico. En el extranjero resulta incomprensible lo poco reconocidas en su país de origen que son algunas artistas españolas como Isabel Coixet, que lleva lustros dirigiendo con maestría a actores de la talla de Ben Kingsley, Tim Robbins o Monica Bellucci.

Así como la gente en general está ideológicamente más preparada para detectar el talento en los hombres (Lakoff demuestra que, frente a los prejuicios, la verdad de los hechos rebota), tolera con muchísima más laxitud los errores de ellos que los de ellas. Catherine Ashton, Vice-presidenta de la Comisión Europea y Alta Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y de

Seguridad, tuvo que soportar un sordo clamor a favor de su cese fulminante solo dos meses después de haber sido nombrada. Diversos periódicos europeos publicaron entonces noticias infamantes bajo títulos como “Catherine Ashton, ese error”³, en los que se sostenía que ella carecía del conocimiento suficiente, de capacidad de liderazgo y de disposición para el cargo, y que había sido elegida porque “aportaba un valor crucial: era mujer”, al tiempo que se auguraban grandes tragedias en caso de que fuera mantenida en el puesto: “los muy pesimistas temen que en otros tres meses Ashton acabe con la política europea de seguridad y defensa”.

Lo cierto es que 22 meses después del citado artículo, Catherine Ashton sigue en el mismo sitio, y la política europea de seguridad y defensa permanece en pie. Lo cierto también es que la UE ha tenido comisarios francamente incompetentes, cuyos errores han superado con creces sus aciertos: el exComisario de Comercio Lord Peter Mandelson, incumplió su mandato de Cerrar la Ronda de Doha; el exComisario para la Competencia Paul Verheugen (que nombró a su secretaria y amante Jefa de Gabinete) ni siquiera se acercó al objetivo de hacer de Europa una “Knowledge Based Economy”; Durão Barroso, anfitrión en la Cumbre de las Azores previa a la invasión de Irak, fue reeditado en su cargo de Presidente de la Comisión Europea, pese a que no cumpliera en su primer mandato su principal encomienda, la ratificación del Tratado de Lisboa...

No cabe duda de que, con la participación de las mujeres en la esfera pública, recursos sociales tales como el tiempo, el dinero, el reconocimiento y la influencia se verán más y más comprometidos, pues son recursos limitados. Este es el motivo por el que el derecho de las mujeres al pleno desarrollo de su potencial se está topando con la oposición más o menos evidente de quienes previa y privativamente han detentado ese derecho.

Por lo que respecta a la supuesta elección entre hogar y trabajo, aunque parezca natural que una mujer adulta abandone su trabajo para cuidar de sus hijos y su casa, desde la objetividad dicha elección constituye un craso error. Hubo tiempos en los que el trabajo no era una opción para la mujer, y entonces se sentía como algo normal que el espacio público en sentido amplio le estuviera vedado, como vedados le estaban los derechos al divorcio, a la propiedad, a viajar al extranjero, e incluso a estudiar o a votar... Ahora ese escenario se considera aberrante.

³ http://www.elpais.com/articulo/internacional/Catherine/Ashton/error/elpepiint/20100307elpepiint_4/Tes

Si se elimina el lastre de la herencia patriarcal que aún nos carga, es difícil buscar una justificación razonable al hecho de que la mitad de la población adulta pueda considerar la posibilidad de no trabajar. Más allá de los argumentos económicos que demuestran que las empresas y las sociedades participadas laboralmente por las mujeres funcionan de forma más eficiente, desde el punto de vista de la dignidad humana un adulto responsable es aquel capaz de proporcionarse su propio sustento.

Y si, después de haber leído este artículo, alguien aún alberga alguna duda, que le pregunte a la primera niña con la que se cruce qué le gustaría ser de mayor.